

STEFAN ZWEIG

BIOGRAFÍAS

VOL. I

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN  
DE CARLOS FORTEA Y TIANA PUIG I SOLER

BARCELONA 2021



A C A N T I L A D O

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2006 by Atrium Press Limited

© de la traducción de *Fouché. Retrato de un hombre político*, de *Marceline Desbordes-Valmore. Biografía de una poeta*, de *Balzac. Una biografía*, de *Magallanes. El hombre y su gesta*, de *María Estuardo* y de *María Antonieta*, 2021 by Carlos Fortea Gil; de *Verbaeren* y de *Romain Rolland*, 2021 by Roberto Bravo de la Varga; de *Triunfo y tragedia de Erasmo de Róterdam*, 2021 Tiana Puig i Soler  
© de esta edición, 2021 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Mujer con binoculares* (1866-1868), de Edgar Degas

ISBN DE LA OBRA COMPLETA: 978-84-18370-60-1  
ISBN DEL VOLUMEN I: 978-84-18370-68-7  
ISBN DEL VOLUMEN II: 978-84-18370-69-4  
DEPÓSITO LEGAL: B. 15 493-2021

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió*  
BARÓ *Encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2021*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

TRIUNFO Y TRAGEDIA  
DE ERASMO DE RÓTERDAM

Intenté descubrir si Erasmo de Róterdam estaba en ese partido, pero cierto comerciante me contestó: «*Erasmus est homo pro se*» [‘Erasmo sólo responde por sí mismo’].

*Epistolae obscurorum virorum*, 1515

## LA MISIÓN Y EL SENTIDO DE SU VIDA

Erasmus de Róterdam, en su día la figura más brillante y gloriosa de su siglo, es hoy—¿para qué negarlo?—poco más que un nombre. Sus innumerables obras, escritas en una lengua supranacional olvidada, el latín, la lengua del humanismo, descansan plácidamente en las bibliotecas; casi ninguna de aquellas obras mundialmente reconocidas de antaño apela a nuestros tiempos. Asimismo, su persona, compleja y ambigua, hecha de luces tenues y contradicciones, ha quedado fuertemente eclipsada por otros reformadores más vigorosos y vehementes, mientras que su vida privada ofrece poco interés: alguien sosegado y dedicado al trabajo constante raras veces genera una biografía apasionante. Pero incluso la propia obra ha quedado sepultada y oculta a los ojos de la conciencia presente, de la misma forma que los cimientos yacen siempre bajo el edificio ya erigido. Por ese motivo, en primer lugar, cabe explicitar de forma clara y resumida por qué motivo Erasmo de Róterdam, el gran olvidado, es hoy en día, más que nunca, una figura de gran valor para nosotros, y es que de todos los autores y creadores de Occidente él fue el primero con conciencia europea, el primer pacifista tenaz, el defensor más elocuente del ideal humanista, del ideal del espíritu universal. Además, su trágico destino, el hecho de que terminara fracasando en su lucha por un proyecto más justo y con mayor entendimiento mutuo de nuestro mundo intelectual, todavía lo vincula más íntimamente a nuestro sentir fraternal. Erasmo amaba muchas de las cosas que amamos: la poesía, la filosofía, los libros, las obras de arte, las lenguas, los pueblos, y sin hacer distinciones entre ellos, toda la humanidad, a quien quería elevar moralmente. Sólo había una cosa que realmente odiara en este mundo, y era lo antagó-

nico de la razón: el fanatismo. Siendo él el menos fanático de todos, quizá no el espíritu más elevado, pero sí el de más vasta erudición, un alma no precisamente bulliciosa, pero de un bienquerer férreo, Erasmo veía en cualquier forma de intolerancia hacia la diversidad de opiniones el mal eterno de nuestro mundo. A su entender, la mayoría de conflictos entre personas y pueblos se podrían resolver pacíficamente si las dos partes se mostraran transigentes, ya que todos ellos se encuentran en el ámbito humano. En realidad, casi cualquier disputa podría quedar dirimida si los instigadores y los exaltados no forzaran siempre más de la cuenta las tensiones belicistas. Es por eso que Erasmo combatía cualquier tipo de fanatismo, tanto en el ámbito religioso como en el nacional o el ideológico, ya que lo consideraba el mayor enemigo de la concordia. Los detestaba a todos: a los obstinados y a los estrechos de miras, tanto si era bajo la sotana de los sacerdotes como bajo la toga de los catedráticos; a los obcecados y a los zelotes de cualquier clase y origen que exigen el derramamiento de sangre en todas partes en nombre de sus propias creencias y tachan con desprecio de herejía o infamia cualquier otra opinión. Del mismo modo que él no quería imponer a nadie sus propias creencias, se oponía con determinación a dejarse someter a cualquier tipo de credo religioso o político. La independencia ideológica le parecía algo natural, y este espíritu libre siempre veía una decadencia de la diversidad divina del mundo cuando alguien, fuese en el púlpito o en la cátedra, se alzaba y hablaba de su propia verdad personal como si se tratara de un mensaje que Dios le había susurrado al oído a él y solamente a él. Por esa razón se pasó la vida combatiendo con el vigor de su irrefutable y deslumbrante inteligencia a los ergotistas fanáticos de su propio delirio, y sólo en muy escasas y afortunadas ocasiones se burlaba de ellos. En esos instantes más indulgentes contemplaba el fanatismo obcecado como una mera testarudez lamentable del espíritu, como una de las muchas formas de la *stulti-*

*tia*, cuyas miles de variantes y variables clasificó y caricaturizó tan deleitosamente en *Elogio de la locura*. Como persona verdaderamente justa y libre de prejuicios que era, comprendía y se compadecía incluso de su más enardecido enemigo. Pero en su fuero interno Erasmo siempre supo que ese mal de la naturaleza humana, el fanatismo, destruiría su mundo sereno y su propia vida.

Y es que la misión de Erasmo y el sentido de su existencia era armonizar las contradicciones en el espíritu de la humanidad. Nació con una naturaleza vinculante o, con palabras de Goethe, quien se le parecía en su rechazo a todo lo extremo, con una «naturaleza comunicativa». Cualquier convulsión violenta, cualquier *tumultus*, cualquier disputa de masas turbulenta se oponía, a su entender, a la naturaleza lúcida de la razón universal, con la que se sentía comprometido como mensajero fiel y sosegado. Y especialmente la guerra, siendo la forma más burda y violenta de dirimir las discrepancias internas, le parecía incompatible con una humanidad reflexiva guiada por la moral. El arte poco habitual de mitigar los conflictos a través de la comprensión indulgente, de aclarar lo ambiguo, de mediar en la confusión, de zurcir de nuevo los pedazos y de devolver la colectividad a la división era la verdadera virtud de su genio paciente, y sus contemporáneos, agradecidos, denominaban esa voluntad de entendimiento que tenía múltiples facetas de «erasmismo». Y era ese «erasmismo» lo que aquel hombre quería aportar al mundo. Dado que en él se aunaban todas las formas de creación (el escritor, el filólogo, el teólogo y el pedagogo) le parecía que también tenía que ser posible armonizar en el universo lo aparentemente irreconciliable. No había ninguna esfera que resultara inalcanzable o ajena a su arte de mediación. Para Erasmo no existía ninguna contradicción moral insalvable entre Jesús y Sócrates, entre la enseñanza cristiana y la sabiduría de la Antigüedad, entre la religiosidad y la moral. Él, el consagrado sacerdote que acogió a los paganos en su

reino espiritual y los colocó fraternalmente al lado de los Padres de la Iglesia, veía la filosofía como otra forma de buscar a Dios igual de genuina que la teología y alzaba la vista hacia el cielo cristiano no con menos devoción que la gratitud con que miraba el Olimpo griego. El Renacimiento, con su alegre exuberancia de los sentidos, a diferencia de Calvino y los otros zelotes, no le parecía el enemigo de la Reforma, sino su hermano más libre. Él, que no se había asentado en ningún país, pero se sentía como en casa en todos, el primer cosmopolita y europeo consciente, no concebía la superioridad de ninguna nación por encima de las otras y, dado que había educado a su corazón para apreciar a los pueblos únicamente por sus mentes más nobles y cultivadas, por su elite, todos ellos se le antojaban amables. El elevado propósito de reunir a todas estas buenas personas de todos los países, razas y clases en una gran alianza de intelectuales fue su verdadero objetivo vital, y encumbrando el latín, la lengua por encima de las lenguas, a una forma artística y a la lengua de comunicación, proporcionó a los pueblos de Europa (¡una hazaña inolvidable!) durante un período de la humanidad histórico una forma de pensamiento y un medio de expresión unitarios y supranacionales. Su vasto conocimiento miraba agradecido al pasado y su sentido religioso, con confianza al futuro. En cuanto a la barbarie del mundo, que intenta burdamente enmarañar una y otra vez el designio de Dios con su continua hostilidad, la ignoraba tenazmente. Lo único que lo atraía fraternalmente era la esfera superior, la que crea y moldea, y consideraba que el deber de cualquier intelectual era ampliar y ensanchar ese espacio para que algún día abrazara a la humanidad entera como la luz celestial, pura y uniforme. Pues ésa era la creencia más profunda (y el error más bello y trágico) de aquel humanismo temprano: Erasmo y los suyos creían posible una mejora de la humanidad a través de la enseñanza y confiaban en la capacidad educativa tanto del individuo como del conjunto gracias a una divulgación más



universal de la educación, la escritura, el estudio y la lectura. Esos idealistas tempranos tenían una fe admirable y casi religiosa en la capacidad de ennoblecimiento de la naturaleza humana mediante el fomento perseverante del aprendizaje y la lectura. Como erudito y devoto de los libros, Erasmo nunca dudó de la plena facultad de enseñar y aprender lo moral. Y esa humanización del hombre que imaginaba muy próxima le parecía la solución al problema de la vida en armonía.

Un anhelo tan elevado, como un imán poderoso, sería idóneo para atraer a los mejores de la época de todos los países. Y es que al hombre guiado por el sentido moral, la propia existencia siempre le parecía insignificante e insustancial sin la idea alentadora, la ilusión que ensancha el alma, de que también él como individuo, con su aspiración y su labor, podía contribuir a una elevación moral de la sociedad. Nuestro presente es sólo una etapa hacia una perfección más elevada, sólo la preparación hacia una vida mucho más perfecta. Aquel que sabe atestiguar con un nuevo ideal esta gran esperanza de progreso moral de la humanidad se convierte en líder de su generación. Y ése fue el caso de Erasmo. El momento histórico era increíblemente favorable a su idea de concordia europea en el espíritu de la humanidad, ya que los grandes inventos y descubrimientos del cambio de siglo, la renovación de las ciencias y las artes gracias al Renacimiento, volvían a ser desde hacía tiempo una dichosa experiencia colectiva supranacional de toda Europa. Por primera vez después de innumerables años de desaliento el mundo occidental volvía a avivar la confianza en su cometido, y las mejores corrientes idealistas afluían en el humanismo. Todos querían llegar a ser ciudadanos del mundo en aquel reino de la erudición: emperadores y papas, condes y sacerdotes, artistas y hombres de Estado, jovencitos y mujeres, todos rivalizaban para ser instruidos en las artes y las ciencias. El latín se convirtió en la lengua común que los hermanaba, en el primer esperanto del pensamiento: por primera vez (¡alabemos esa

gesta!) desde la caída de la civilización romana volvía a florecer una cultura europea común gracias a la república de los sabios de Erasmo, por primera vez no era la vanidad de una sola nación, sino el bienestar de toda la humanidad, el objetivo de un grupo hermanado por un ideal. Ese fomento de los eruditos, de vincularse al espíritu, de las lenguas, de comunicarse en una lengua transversal, de las naciones, de pacificarse de una vez por todas en lo supranacional, ese triunfo de la razón fue también el triunfo de Erasmo, su gran momento histórico, aunque breve y efímero.

¿Por qué motivo—he aquí una pregunta dolorosa—un imperio de semejante pureza no es capaz de perdurar? ¿Por qué precisamente estos ideales tan elevados y humanos de entendimiento espiritual deben ser conquistados una y otra vez? ¿Por qué tuvo el «erasmismo» tan poco poder real en una humanidad que ya había aprendido hacía tiempo la absurdidad de todas las hostilidades? Por desgracia tenemos que reconocer y admitir que a las amplias masas populares nunca les satisfará del todo un ideal que únicamente proponga el bien social común, y es que en el caso del ciudadano medio, junto a la fuerza del amor, el odio también reclama su oscuro derecho, asimismo el interés personal del individuo espera su usufructo personal inmediato de cualquier iniciativa. A la masa siempre le resultará más fácil acceder a lo concreto y tangible que a lo abstracto. Por ese motivo en política siempre resultará más fácil encontrar adeptos con un eslogan que, en lugar de un ideal, proclame un enemigo, un opuesto fácilmente tangible y manejable, dirigido a otra clase, a otra raza, a otra religión. Y es que no hay nada que encienda más fácilmente la llama criminal del fanatismo que el odio. En cambio, es evidente que un ideal supranacional, panhumanista y de cohesión como el erasmista carece del impacto óptico para una juventud que quiere mirar a los ojos de su enemigo con espíritu combativo, y nunca aportará ese estímulo primitivo como lo hace la orgullosa actitud segregadora que señala

continuamente con el dedo al enemigo que se halla al otro lado de la frontera y fuera de la propia comunidad religiosa. Por eso siempre lo tendrán más fácil los partidistas, que conducen la eterna insatisfacción humana en una determinada dirección; sin embargo, el humanismo, la doctrina erasmista, la cual no concede espacio alguno al odio, pone heroicamente su paciente empeño en un objetivo lejano y difícil de vislumbrar. Es y seguirá siendo un ideal espiritualmente aristocrático, mientras el pueblo con el que sueña, la nación europea, no sea una realidad. Por esa razón, idealistas y al mismo tiempo conocedores de la naturaleza humana, los partidarios de una futura concordia entre iguales no deben dudar en ningún momento que su obra va a estar continuamente amenazada por la irracionalidad de la exaltación. Y tendrán que asumir con abnegación que una y otra vez a lo largo de la historia la crecida repentina del fascismo, arroyado desde las más profundas pasiones de los impulsos humanos, inundará y destrozará todos los diques de contención: casi cada nueva generación experimenta un revés de este tipo, y es entonces su deber moral resistirlo con calma interior.

La tragedia personal de Erasmo, sin embargo, consistió en que justamente él, la persona más tolerante y antifanática, y en el preciso momento en que la idea supranacional iluminaba triunfante por primera vez Europa, fue arrastrado por uno de los estallidos más virulentos de exaltación colectiva nacional y religiosa que ha conocido la historia. En general, los acontecimientos que consideramos históricamente relevantes no llegan a la conciencia viva del pueblo. Incluso los grandes embates bélicos de siglos pasados sólo alcanzaron a algunos pueblos o provincias y, por lo general, en los enfrentamientos sociales y religiosos el espíritu consiguió mantenerse apartado del tumulto y observar con indiferencia las pasiones de lo político. El mejor ejemplo de ello es Goethe, que en medio del tumulto de las guerras napoleónicas continuó trabajando impasible en su propia obra. Sin embargo,

de vez en cuando, contadas veces a lo largo de los siglos, se originan tensiones contrarias tan huracanadas que el mundo entero se desgarrá por la mitad como un pañuelo, y esa enorme grieta atraviesa todos los países, todas las ciudades, todas las casas, todas las familias, todos los corazones. Y en ese momento, el poder de la masa, con su fuerza descomunal, se apodera por doquier del individuo sin que éste pueda defenderse ni salvarse del delirio colectivo; una colisión de pasiones tan vertiginosa no permite tomar ninguna posición segura ni distanciada. Ese tipo de conflictos mundiales tan acentuados pueden originarse a partir de una desavenencia en un problema social, religioso o de cualquier otra índole teórico-intelectual, pero en el fondo al fanatismo siempre le da igual con qué material encenderse, y es que lo único que quiere es incendiarse y arder, descargar el odio acumulado. Y es precisamente en esos momentos apocalípticos de locura colectiva en los que el demonio de la guerra rompe las cadenas de la razón y se desboca libre y ávido sobre el mundo.

En esos momentos tan terribles de locura colectiva y de división universal la voluntad del individuo se muestra indefensa. Cualquier intento por parte del intelectual de salvaguardarse retirándose a la esfera de la contemplación será en vano, el momento lo empuja hacia el tumulto, hacia la derecha o hacia la izquierda, hacia un bando o hacia el otro, hacia un lema o hacia el otro partido; no hay nadie entre los cientos de miles, los millones de combatientes que necesite más coraje, más fuerza y más determinación moral en tiempos así que el hombre del centro, que no quiere someterse al delirio partidista ni a la estrechez de miras. Y aquí empieza la tragedia de Erasmo. Como el primer reformador alemán (y en realidad el único, puesto que los otros fueron más bien revolucionarios que reformadores), intentó renovar la Iglesia católica de acuerdo con las leyes de la razón. Pero a ese hombre de espíritu visionario, al evolucionista, el destino le puso enfrente al hombre de acción, Lutero, el revolucionario-

rio, empujado demoníacamente por las turbias fuerzas del pueblo alemán. Y con un solo golpe, el basto puño férreo de Martín Lutero destrozó lo que la delicada mano de Erasmo, armada solo con una pluma, se había esforzado en forjar con prudencia y afecto. El mundo cristiano, el mundo europeo, quedará dividido durante siglos entre católicos y protestantes, entre norte y sur, entre germanos y romanos. En ese momento sólo había una opción, una elección para un alemán, para un occidental: o eras papista o luterano, el poder de las llaves de San Pedro o el Evangelio. Pero Erasmo (en un acto que le honra) fue el único líder de la época que se negó a tomar partido. No se pone ni de parte de la Iglesia ni de parte de la Reforma, puesto que está vinculado a las dos: a la doctrina evangélica, por ser el primero en reivindicarla y promoverla por convicción, y a la Iglesia católica, porque ve en ella la última forma de unidad espiritual de un mundo que se desmorona. Pero la desmesura y el fanatismo se hallan tanto en la derecha como en la izquierda y él, una persona tan inquebrantablemente antifanática, no quiere servir ni a la desmesura de unos ni a la de los otros, sino únicamente a su eterna medida, la justicia. En vano, se sitúa en el centro como mediador para salvar de esa discordia aquello universal, el patrimonio cultural común, siendo ésa la posición más peligrosa. Intenta mezclar el fuego con el agua con sus meras manos, reconciliar unos fanáticos con los otros: un esfuerzo imposible y, precisamente por ese motivo, doblemente grandioso. Al principio ninguno de los dos bandos entiende su postura y, dado que habla con templanza, confían en que se lo podrán ganar para su causa. Pero en cuanto se dan cuenta de que ese hombre libre no rinde pleitesía ni juramento a ninguna opinión ajena y no pretende respaldar ningún dogma, se desatan sobre él el odio y el escarnio tanto desde un lado como desde el otro. Dado que Erasmo no quiere tomar partido, se acaba enemistando con los dos bandos: «Para los güelfos soy un gibelino y para los gibelinos un güelfo». Lutero, el pro-

testante, maldice gravemente su nombre, mientras que la Iglesia católica por su parte pone todos sus libros en el índice expurgatorio. Pero ni las amenazas ni las ofensas llevan a Erasmo a inclinarse por un partido o por el otro. «*Nulli concedo*» [‘No quiero pertenecer a nadie’], y se mantiene fiel a su lema hasta el final, «*homo pro se*» [‘un hombre que responde por sí mismo’], hasta las últimas consecuencias. Frente a los políticos, los líderes y los instigadores de una pasión tendenciosa, la obligación del artista, el hombre de espíritu según Erasmo, es comprender y mediar, ser el hombre de la medida y el centro. No erguirse en ningún frente, sino única y exclusivamente combatir al enemigo común de todo pensamiento libre: el fanatismo. Pero no al margen de las partes, pues el artista está llamado a comprender todo lo humano, sino por encima de ellas, *au-dessus de la mêlée*, combatiendo la exageración de unos y de otros, y el mismo odio absurdo y funesto que radica en todos ellos.

Esa actitud de Erasmo, su indeterminación, o mejor dicho su voluntad de no posicionarse, fue tachada de cobardía con gran ligereza por parte de sus contemporáneos y de las generaciones posteriores, y ese lúcido dubitativo se convirtió en objeto de burla por tibio y veleidoso. Ciertamente, Erasmo no se encaró con el mundo a pecho descubierto como lo haría un Winkelried, su estilo no era el del héroe intrépido. Él se doblegaba con prudencia hacia un lado y fluctuaba complaciente a derecha y a izquierda como una caña, pero sólo para que no la rompieran y así poder volverse a enderezar una y otra vez. Su defensa de la independencia, su «*nulli concedo*», no era algo que llevara por delante con orgullo como una custodia, sino que lo escondía bajo el manto como el farolillo de un ladrón. Se agazapó y se ocultó en escondrijos y vías secretas temporalmente durante los enfrentamientos más violentos del delirio colectivo, pero (y eso es lo más importante) rescató su alhaja espiritual, su fe en la humanidad, del huracán de odio de la época y la trajo sana y salva de

regreso. Y es en esa pequeña mecha incandescente donde Spinoza, Lessing, Voltaire y todos los futuros europeos podrán prender su luz. Erasmo es el único intelectual de su generación que se mantuvo fiel a toda la humanidad como un solo clan. Lejos de cualquier campo de batalla, sin pertenecer a ningún ejército y atacado por ambos lados murió solo y aislado. Solo, pero (y eso es lo decisivo) independiente y libre.

La historia, sin embargo, es injusta con los vencidos. No aprecia demasiado a los comedidos, a aquellos que median y reconcilian, a los hombres de la humanidad. Sus favoritos son los apasionados, los que no conocen medida, los ardientes aventureros del espíritu y de la acción: y es así como ha pasado por alto casi con desdén este discreto servidor de lo humano. En el amplio panorama de la Reforma, Erasmo queda en un segundo plano, mientras que los otros, todos esos poseídos de su genio y de su fe, cumplen dramáticamente su destino: Hus muere asfixiado entre llamas; Savonarola, quemado en un poste en Florencia; Servet, arrojado a la hoguera por Calvino, el zelote. A todos ellos les llega su trágica hora: Thomas Münzer es torturado con tenazas candentes; John Knox, condenado a las galeras, y Lutero, erguido con aplomo sobre la tierra alemana, hace retumbar su «no puedo hacer otra cosa» ante el emperador y el Imperio. A Tomás Moro y a Juan Fisher les cortan la cabeza sobre el sangriento tajo, mientras que Zuinglio es abatido sobre la llanura de Kappel con un mangual. Figuras inolvidables todas ellas, armadas de coraje en su furia religiosa, extáticos en su sufrimiento, grandes en su infortunio. Tras ellos se desata la funesta llama de la enajenación religiosa, las fortalezas devastadas por la guerra de los campesinos son el testimonio vergonzoso de un Cristo que cada zelote ha malinterpretado a su manera, las ciudades destruidas, las granjas saqueadas de la guerra de los Treinta, de los Cien Años, todos estos paisajes apocalípticos claman al cielo la insensatez mundana del «no querer ceder». Pero en medio de ese alboroto, ligeramente apartado de

los grandes capitanes de la guerra de la Iglesia y claramente distanciado de todos ellos, se vislumbra el rostro delicado y ensombrecido por cierta tristeza de Erasmo. No fue atado a ningún poste de tortura, su mano no empuñó ninguna espada y su rostro no lo desencajó ninguna pasión desenfrenada. Sin embargo, la luz azul de su delicada mirada, inmortalizada por Holbein, se eleva lúcida para trascender ese tumulto de pasiones de masas con la vista puesta en nuestros no menos agitados tiempos. Su frente queda ensombrecida por una resignación serena, ¡cómo conocía la eterna estulticia del mundo! Pero en sus labios se adivina una discreta sonrisa silenciosa de certeza. Y es que ese hombre ducho sabe que la razón de ser de cualquier pasión es remitir tarde o temprano. El destino de todo fanatismo es acabar destruyéndose a sí mismo. La razón, eterna y silenciosamente paciente, sabe esperar y perseverar. A veces, cuando los demás, ebrios, se alborotan, tiene que dejar de hablar y enmudecer. Pero llegará su momento, como siempre sucede.

## EL CONTEXTO HISTÓRICO

La transición del siglo xv al xvi fue un momento decisivo en la historia de Europa cuya dramática precipitación de acontecimientos sólo es comparable a nuestros tiempos. De repente el espacio europeo pasa al plano mundial, un descubrimiento sigue al otro y, gracias a la osadía de una nueva generación de navegantes, en pocos años se recupera lo que se había dejado perder durante siglos por indiferencia o desánimo. Las cifras se precipitan una tras otra como en un reloj eléctrico: en 1486 Bartolomé Díaz es el primer europeo que se aventura hasta el cabo de Buena Esperanza, en 1492 Cristóbal Colón llega a las Antillas, y en 1497 Sebastian Cabot, a



la costa del Labrador y, con ello, al continente americano. Un nuevo continente pasa a formar parte del conocimiento de la raza blanca, pero Vasco de Gama enseguida parte de Zanzíbar a Calicut y abre la ruta marítima hacia la India, en 1500 Pedro Álvares Cabral descubre Brasil y, finalmente, entre 1519 y 1522 Fernando de Magallanes emprende la gesta más memorable y gloriosa, el primer viaje del ser humano alrededor del mundo, partiendo de España y de vuelta a España. De ese modo se reconoce la validez del *Erdapfel* de Martín Behaim, el primer globo terráqueo creado en 1490, que había sido ridiculizado como una teoría indigna de un cristiano y una creación de locos en el momento de su aparición. La intrépida gesta lleva a fortalecer el pensamiento más osado. De la noche a la mañana el balón circular en el que hasta entonces habían navegado con incerteza y temor como en una *terra incognita* a través del espacio celeste se ha convertido en una realidad constatable y franqueable para la humanidad; el mar, que hasta ese momento sólo era un desierto azul de mitos que se curvaba hasta el infinito, es ahora un elemento transitado y mensurable a disposición de la humanidad. De golpe la osadía europea alza el vuelo, ya no hay tregua ni respiro en la feroz carrera hacia el descubrimiento del cosmos. Cada vez que los cañones de Cádiz o de Lisboa dan la bienvenida a un galeón que regresa a casa, una multitud de curiosos corre hacia el puerto para escuchar las noticias de países recién descubiertos y contemplar, admirados, aves, animales y personas que nunca antes habían visto. Estremecidos, observan los gigantescos cargamentos de plata y oro, y el mensaje se extiende por toda Europa, que, gracias al heroísmo intelectual de su raza, se convierte de la noche a la mañana en el centro y el señor de todo el cosmos. Casi al mismo tiempo, sin embargo, Copérnico investiga a fondo las órbitas inexploradas de los astros que dominan esa Tierra de repente conocida y todo ese nuevo conocimiento llega, con ayuda del recién descubierto arte tipográfico y con una velocidad igualmente inau-

dita hasta entonces, a las ciudades más lejanas y las aldeas más remotas de Occidente: por primera vez en siglos Europa experimenta una experiencia colectiva gratificante que refuerza su sentido existencial. En tan sólo una generación los elementos fundamentales de la percepción humana, el espacio y el tiempo, adquieren unas dimensiones y unos valores completamente distintos, únicamente nuestro cambio de siglo, con una reducción del tiempo y del espacio creciente e igualmente repentina, gracias al teléfono, la radio, el automóvil y el avión, ha experimentado una transformación equivalente del ritmo de vida fruto de la innovación y de nuevos hallazgos.

Una expansión tan repentina del espacio exterior como ésta debe tener necesariamente como consecuencia un cambio igual de convulso en el espacio del alma. Inesperadamente, todo el mundo se ve obligado a pensar, calcular y vivir en otros parámetros, pero antes de que el cerebro se haya adaptado a la transformación, apenas comprensible, los sentimientos ya se transforman: una confusión desconcertante, entre miedo y entusiasmo vertiginoso, es siempre la primera respuesta del alma cuando de repente pierde su barómetro, cuando todas las leyes y formas sobre las cuales se apoyaba como algo hasta entonces perpetuo se desvanecen de manera inquietante bajo sus pies. De la noche a la mañana todas las certezas se ponen en duda, todo lo de ayer parece milenario y obsoleto. Los mapamundis de Ptolomeo, que durante veinte generaciones habían sido un objeto de culto irrevocable, se convierten con Colón y Magallanes en una broma para niños, las obras sobre geografía, astronomía, geometría, medicina y matemáticas, que habían sido reproducidas con fe durante miles de años y admiradas como trabajos intachables ahora se tornan caducas y obsoletas, todo lo existente hasta el momento se marchita ante el cálido aliento de los nuevos tiempos. Se acabó eso de comentar y debatir, las viejas autoridades se derrumban como idolatrías venidas abajo, caen las torres de papel de la escolástica y la vista se despeja. De la

activación repentina del riego sanguíneo europeo, nutrido con materia nueva proveniente de todo el mundo, surge una fiebre intelectual por el conocimiento y la ciencia, el ritmo se acelera. Los avances que se encontraban en un proceso de desarrollo sosegado reciben un fuerte impulso fruto de ese entusiasmo y todo lo existente se pone en movimiento como propulsado por un movimiento tectónico. Las estructuras heredadas de la Edad Media se reorganizan, algunas ascienden y otras decaen: la caballería se hunde, las ciudades reviven, el campesinado se empobrece, y el comercio y el lujo florecen con vigor tropical gracias al abono del oro de ultramar. La efervescencia cada vez es mayor, se inicia una completa reestructuración social, similar a la nuestra debido a la irrupción de la tecnología y a su organización y racionalización también demasiado repentinas: se produce uno de esos momentos típicos en el que la humanidad, en cierto modo, es arrollada por sus propios logros y tiene que emplearse a fondo para poder seguir su propio ritmo.

Todos los dominios del orden humano son sacudidos por esa tremenda conmoción, incluso la capa más profunda del reino del alma se ve afectada por ese grandioso cambio de siglo y de mundo, esa capa que de lo contrario permanece intacta a las turbulencias de los tiempos: la religión. El dogma, rígidamente levantado por la Iglesia católica, había resistido todos los huracanes como una roca inamovible, y esa gran obediencia religiosa había sido, por así decirlo, el signo de la Edad Media. La autoridad, férrea, disponía desde arriba, mientras la humanidad, devota, aguardaba desde abajo sometida a la palabra sagrada. Nadie osaba cuestionar la verdad eclesiástica y ahí donde se manifestaba la mínima oposición la Iglesia demostraba su capacidad defensiva: el anatema quebraba la espada de los emperadores y asfixiaba el aliento de los herejes. Esta obediencia humilde y unánime, esta bienaventurada fe servil y ciega, unía pueblos, linajes, razas y clases en una gran comunidad, por más lejanos y hosti-

les que fueran los unos de los otros. Y es que en la Edad Media, la civilización occidental tenía un único espíritu común: el católico. Europa reposaba sobre el regazo de la Iglesia, a veces alentada y agitada por sueños místicos, pero reposaba, ajena a todo anhelo de verdad y de ciencia. En ese momento se despierta por primera vez una inquietud que agita el espíritu occidental: si los secretos de la Tierra podían ser ahondados, ¿por qué no se podía ahondar también en lo divino? Poco a poco, la gente se empieza a levantar de la posición de reverencia en la que, servil, había permanecido con la cabeza gacha y yergue la mirada interrogadora. Ya no le alienta la humildad, sino un nuevo afán de reflexión e indagación, y junto a los audaces aventureros de mares desconocidos, junto a Colón, Pizarro y Magallanes, nace una generación de conquistadores del espíritu que se aventuran, determinados, hacia lo inconmensurable. El poder religioso, que durante siglos había estado encerrado en el dogma como en una botella sellada, se derrama etéreamente y se extiende desde los concilios sacerdotales hasta lo más profundo del pueblo, y es que en esta última esfera también se quiere renovar y transformar el mundo. Gracias a la confianza fruto de sus probadas victorias, el hombre del siglo XVI deja de sentirse como una diminuta mota de polvo sin voluntad que suspira por la gracia divina y se sitúa en el centro de los acontecimientos como motor del mundo. La humildad y las tinieblas se transforman de repente en amor propio, cuya ambición de poder más perceptible e imperecedera nombramos Renacimiento; junto al maestro espiritual se sitúa con igualdad de derechos el intelectual, junto a la Iglesia, la ciencia. También aquí se derriba una autoridad suprema o al menos se hace tambalear, la humanidad sumisamente silenciosa de la Edad Media llega a su fin y nace una nueva que cuestiona e investiga con el mismo fervor religioso con el que la anterior rezaba y profesaba su fe. El afán de conocimiento pasa de los conventos a las universidades, que surgen casi simultáneamente

en todos los países de Europa como bastiones de la investigación independiente. Se crea espacio para los escritores, los pensadores y los filósofos, para los exploradores e investigadores de todos los misterios del alma humana, el espíritu vierte su fuerza en nuevos moldes. El humanismo intenta devolver a las personas lo divino sin la mediación eclesiástica, y así es como nace, primero de forma aislada y después llevada por la seguridad de la masa, la gran demanda histórica de la Reforma.

Es un momento maravilloso, un cambio de siglo que anuncia un cambio de era: Europa posee durante un instante, por así decirlo, un solo corazón, una sola alma, una sola voluntad, una sola aspiración. Se siente abrumadoramente llamada a transformarse en su totalidad por un mandamiento que todavía no comprende. El momento es increíblemente propicio: en todos los países aumenta la desazón, la angustia y el nerviosismo crece en las almas, y por encima de todo ello oscila y planea la oscura espera de la palabra liberadora, de la palabra que guíe hacia el objetivo: se le brinda al espíritu la oportunidad de reformar el mundo, es ahora o nunca.

## LA OSCURA JUVENTUD

No hay mayor símbolo de ese genio supranacional perteneciente al mundo entero que el hecho de que Erasmo no tuviera ni patria ni un verdadero hogar, en cierto modo nació en el vacío. El nombre de Erasmus Roterodamus que adopta ante el mundo no es heredado de sus padres o sus antepasados, sino un nombre ficticio; asimismo, la lengua que habla durante toda la vida no es la de su tierra natal, Holanda, sino una lengua aprendida, el latín. El día y las circunstancias de su nacimiento están envueltos de una insólita vaguedad,

poco más se conoce aparte de su año de nacimiento, 1466. Esa opacidad no es en absoluto casual, y es que a Erasmo no le gustaba hablar de sus orígenes, ya que era un hijo ilegítimo, y peor aún, más fastidioso aún, hijo de un sacerdote, «*ex illicito et ut timet incesto damnatoque coitu genitus*», y lo que Charles Reade narra de forma romántica sobre la infancia de Erasmo en su famosa novela *El claustro y el hogar* es evidentemente una invención. Los padres mueren pronto y, como es comprensible, sus parientes se apresuran a deshacerse del bastardo a ser posible sin tener que gastarse dinero. Afortunadamente, la Iglesia siempre está dispuesta a arropar a un muchacho talentoso. Con nueve años, mandan al pequeño Desiderio (en realidad: no deseado) a la escuela episcopal de Deventer y posteriormente a Herzogenbusch; en 1487 ingresa en el monasterio agustino de Steyn (no tanto por devoción religiosa, sino porque tiene la mejor biblioteca clásica del país), donde alrededor del año 1488 toma los votos monásticos. No hay testimonio alguno de que durante esos años monásticos de alma ferviente Erasmo luchara por la palma de la devoción, más bien gracias a sus cartas se sabe que su principal interés eran las bellas artes, la literatura latina y la pintura. Aun así, en 1492 recibe la ordenación sacerdotal de la mano del obispo de Utrecht.

A lo largo de toda su vida pocos vieron alguna vez a Erasmo en su hábito monacal y cuesta siempre cierto esfuerzo recordar que ese librepensador que escribía sin complejos perteneció al sacerdocio hasta el día de su muerte. Pero Erasmo dominaba el arte vital de eludir con prudencia y discreción todo aquello que lo abrumaba y de conservar la libertad interior bajo cualquier hábito o coacción. Con los pretextos más audaces, logra que dos papas le eximan de llevar sotana, queda dispensado del deber de ayuno gracias a un certificado médico y, pese a todos los ruegos, advertencias e incluso amenazas de sus superiores, nunca más regresa a la disciplina monástica.